

visitado por los médicos, por los oficiales de la compañía, por el comandante; me interrogaron, interrogaron á mis amigos, y lo descubrieron todo. Un soldado que se bate con un señor, no es cosa de todos los jueves; la aventura se propagó por la ciudad, y en algunos días no se habló de otra cosa. Todos, hasta mis superiores aplaudían el valor y la fuerza que había demostrado aguantando tantas horas las heridas, todos querían saber quién fuese aquel caballero, todos tenían curiosidad de conocer á la muchacha. Cuánto sentía que la pobre Luisa andase en lenguas, como suele decirse, por causa mía, no sabré expresarlo; estaba desesperado, habría dado la mitad de mi sangre para evitarlo. Supe despues que aquel jóven tenía una herida grave en la cabeza, dijéronme luego que estaba casi curado y que quería irse de la ciudad. De Luisa no tuve noticias. Temía que estuviese enferma, y que su hermano, á consecuencia de lo ocurrido, la maltratase más que antes, y que aquel galán, apenas curado, la persiguiese de nuevo. Vivía en ansiedad continua, dilatábase mi curacion, y estaba tan débil, que por la noche me enternecía á cada momento, y algunas veces me ponía á llorar. Entre tanto, estaba para concluir el invierno, y comenzaba á hablarse de guerra.

—¡Ojalá hubiera guerra! pensaba yo. Quiz' se curase de esta desgraciada pasión.—Tras la calentura cayéronme encima otros mil males, y pasaba la vida más triste que puede imaginarse. No me de-

jaban ni tan siquiera ver á los amigos, por miedo de que enviase cartas ó recados, y promoviese nuevos disgustos, pues querían darlo todo por concluido. ¡Oh que días tan amargos, señor coronel!.

Pero una tarde, una sola tarde, lo cambió todo. Era al anochecer: yo estaba en la cama más triste que nunca. Vino una monja á darme un refresco.

—¿Os sentís muy malo? me preguntó, viendo que tenía los ojos colorados. ¿Por qué os desanimáis así? ¿qué tenéis?

—Ay, hermana, respondí moviendo la cabeza, soy muy desgraciado: eso es lo que tengo.

—Vamos, valor, contestóme, y despues añadió sonriendo: ¿No ois que hay quien canta por alegraros?—Escuché atento, y oí una voz lejana que venía de la calle, de las casas de enfrente; una voz de mujer que cantaba, una voz débil, pero que parecía esforzarse para hacerse oír; toda la sangre se me removi6. El corazón comenzó á latir con violencia. Me acometi6 una fuerte angustia, me contuve todo lo que pude; pero, finalmente, púseme á sollozar y á reír como un chiquillo, apoyando la cabeza en el brazo de la hermana, que me miraba sorprendida.—¡Oh, Luisa! tú eres, exclamé, cayendo sobre la almohada: ¡alabado sea Dios!

El coronel respiró, como si también él se sintiera en aquel momento libre de alguna opresión.

Desde aquel día comencé á mejorar. Mis amigos, que querían verme, obtuvieron permiso para llegar

hasta mí, y al cabo de una semana pude levantarme. Mis primeros pasos dirigieronse á la ventana. Era una de las más hermosas mañanas de Abril. Me acerqué á la reja temblando, me agarré primero á los hierros con mis manos flacas y descoloridas, y miré al último piso de la casa fronteriza. Allí estaba: parecía que me esperase. Hallábase apoyada al alfeizar con el rostro vuelto hácia mi ventana; me miró atentamente, parecía que no me reconociese, que estuviera incierta, agitada; se apretaba los dedos, volvía la cabeza á derecha é izquierda, se iba, volvía y no estaba quieta un momento. Yo aproveché un instante que no habia nadie alrededor, y acercando la cara á los hierros, dije en voz baja, pero con fuerza:— ¡Luisa!

— ¡Ah! exclamó ella, y permaneció inmóvil como una estatua, mirándome.— ¡Luisa! repetí yo; entonces se sonrió y apoyóse con una mano al alfeizar, como si le faltasen las fuerzas. Yo la llamé una vez más.

— ¡Oh, Dios! gritó ella, y desapareció. La misma mañana, como ya estaba convaleciente, me mudaron de sitio, y adios ventana, pero á los pocos dias halléme ya en estado de salir; parecía un loco: ¡salir, volver á verla despues de lo que habia ocurrido, despues de haber sufrido tanto! Pero ahora verá su merced como parecía empeñada la suerte en que no viese nunca tranquilo.

La guerra, en el tiempo trascurrido, habíase hecho

casi segura. Muchos cuerpos habian dejado ya sus guarniciones, y precisamente el dia que salí del hospital, vino la orden de partir los dos batallones. ¿Qué hacer? ¿no verla más? ¿Marcharme de aquella manera incierto y dudoso, sin estar seguro, por lo ménos de que me correspondia de veras y me aguardaría? Pero, no quedaba tiempo para recibir contestacion, y tenía que contentarme con escribirle yo. Al salir del hospital debía andar en seguida al cuartel y del cuartel en seguida á la estacion del ferro-carril. Pensé que en una parte ú otra encontraría al hermanito. Escribí de prisa en el mismo instante de partir una cartita, que no contenia más que este renglon:—Si vivo volveré; palabra de honor.—En el cuartel no estaba el chico; pero lo ví en la estacion: parecia que me buscase. En aquellos pocos minutos de espera, ántes de subir á los wagones, pude apartarme de las filas, él me vino detrás, y ámbos á dos metimos al mismo tiempo la mano en la faldriquera. Yo le dí la cartita, él sacó con grandes precauciones una cosa envuelta en un pedazo de papel, y me la puso en la mano diciendo:—Es de mi hermana;—y echó á correr. Miré, era una petaca, señor coronel... ya me comprende su merced. Al dia siguiente fué cuando escribí por primera vez á casa todo lo que habia pasado, manifestando mis intenciones; y despues de aquella carta, fué cuando su merced tuvo la bondad de ocuparse de mí y de ayudarme. Lo que sucedió despues, ya lo sabe.

Hice toda la campaña con mi batallon; en San Mar-

tino (1), como le escribí, dando vueltas por el campo después de la batalla, encontré entre los heridos más graves un cazador, á quien me pareció conocer y que llevé yo mismo á la ambulancia, en donde murió á poco de llegar. Era el hermano de Luisa, que se había alistado voluntario después de comenzar la guerra, y que tenía una bala en el costado. Antes de morir me reconoció, me dió las gracias y me recomendó á su hermana. ¡Pobre muchacho! Concluida la guerra, mi batallón fué á Turin. Allí supe que una señora de Savillano, que la conocía, había protegido á Luisa, y que ésta estaba bien, aunque había sufrido mucho por la muerte de su hermano mayor, y que el pequeño iba á trabajar. Mi clase fué licenciada, y yo marché en seguida á Savillano, donde sabía que por favor de su merced, señor coronel, había llegado ó iba á llegar mi madre. Llegué por la mañana temprano. Era una hermosa mañana, hermosa y fresca como el día que había visto á Luisa por vez primera. Corrí en seguida, vestido de cazador como estaba, á la calle detrás del hospital.

Ella no había querido dejar la casa, aunque la señora que la protegía le había ofrecido la suya.

Subí la escalera á brincos, palpitándome el corazón de manera que parecía que iba á reventar.

Acerqueme de puntillas á la puerta; una mujer que

(1) Véase *AMIGIS Re* os de 1870 y 1871.

estaba en el patio y parecía enterada de todo, hízome seña de que Luisa estaba en casa; la puerta estaba entornada. Acerqué el oído á la cerradura, sentí tararear; era ella. Saqué la petaca y la arrojé dentro del cuarto. Cesó el canto, oí un grito agudo, entré, víla, abrió la boca para arrojar otro grito, no pudo, agitó dos ó tres veces las manos en el aire, como una loca, después vaciló y cayó en mis brazos. Aquella tarde llegó mi madre, al día siguiente partimos para Valdieri, y hétenos aquí hace tres días, aquí con aquella querida y santa... ¡Oh, Dios! ya está ahí.

Luisa había aparecido bajo el emparrado vestida de novia, con un velo blanco á la cabeza y una basquiña negra, que se adaptaba muy bien á su delgado y gallardo talle. Tenía el rostro sonrosado y los ojos húmedos, y en sus ademanes y en su andar una compostura llena de gracia. A un lado de ella venía la madre de César, al otro el hermano, muchachuelo de unos diez años. Detrás un grupo de parientes y amigos, todos callados.

—Señor coronel... murmuró la jóven tímidamente, haciendo una reverencia.

Después se volvió hácia su futuro, brilló un relámpago en sus ojos, sonrió y bajó la cabeza.

El coronel, aún conmovido por el relato de César, la miró largamente con una mezcla de curiosidad y de ternura. César se puso á contemplarla con aquella mirada ávida de los enamorados, que gira alre-

dedor de la persona querida, y la abraza y la envuelve, como si quisiera estrecharla en sus espirales y traerla hacia sí. La madre y las otras mujeres mirabanla también con aire de complacencia respetuosa, alargando de vez en cuando la mano para arreglarle un pliegue del velo ó del vestido, y todos estaban callados; y Luisa, confusa de tantas miradas, con los ojos entornados, con la sonrisa en los labios, fingía mirar una punta del velo que entre los dedos arrugaba.

—Conque... comenzó á decir lentamente el coronel para romper aquel silencio, vais en seguida...

Las miradas de los dos jóvenes se encontraron.

—La iglesia está á pocos pasos de aquí. Ya la habreis visto al venir; Luisa, está allí, en el fondo del valle, apenas pasado el puente. El camino es muy bueno, con mucha sombra...

Todos continuaban callados.

—Y luego, tenemos un día muy hermoso. Hasta el tiempo está de fiesta, como veis... ¿Para qué hora habeis fijado?...

—Para las siete, contestó la madre.

—Entonces, añadió el coronel mirando el reloj, ya es hora.

Los dos jóvenes se estremecieron. Se miraron, y dieron un paso el uno hacia el otro.

—Conque...—dijo la madre con una sonrisa, mirando primero á ella y despues á él,—¡ánimo, de brazo!

César dió el brazo á su novia. Ella se apoyó en él, y ambos acompañaron con la mirada aquel acto, como si hubiesen tenido que hacer una cosa dificultosa ó extraña. Temblaban.

—Adelante, dijo la madre.

Dieron dos ó tres pasos para seguir. Despues advirtieron que habian olvidado saludar al coronel, volvieron la cabeza los dos hacia el mismo lado, y se encontraron sus rostros. Todos sonrieron. Luisa se ruborizó.

—Dios os acompañe, muchachos—dijo el coronel, levantándose y dirigiéndose hacia ellos. Los novios se alejaron, caminando con pasos inciertos y desiguales; detrás los parientes y los amigos. La madre y el coronel cambiaron una sonrisa, como diciendo:—¡Pobres muchachos! no saben lo que les pasa.

—Dios os acompañe, repitió el coronel cuando quedó solo, mirando á la puerta por donde habian salido. La alegre comitiva estaba ya allá abajo, descendiendo por la carretera de la colina.

*
*
*

¡Instantes divinos! No hay felicidad humana que valga tanto como ellos. A la plenitud del júbilo que

invade el alma, parece que nuestra pobre naturaleza, no puede resistir; la misma inteligencia no la comprende bien, la entrevé á relámpagos, y no podría detener en ella por largo rato el pensamiento. Váis adelante con una especie de estupor, como si fuéis soñando, como si atravesáseis desconocidos jardines, llenos de plantas quiméricas é iluminados por fantásticos resplandores. Todo parece sueño, la gente que se detiene para veros pasar, el alegre murmullo de los parientes que os acompañan, el lejano campanario de la iglesia que os mira y aguarda, los lugares conocidos y las cosas que parecen animarse para reconoceros y saludaros.—Mira con quien estás—dice el corazón.—¡Ella es mial Y adelantais con paso trémulo, y mirais aquí y allá con ojos estáticos, ó contemplais con una especie de extraña curiosidad la manecita que se apoya en vuestro brazo, como si la hubiesen puesto allí sin que lo supiéscis; y prestais oído al crujido de la falda, como al son de murmullo misterioso, y experimentais profunda dulzura al sentir en el rostro aquel aliento tibio y frecuente, y en el brazo el peso ligero de aquella querida criatura, que de vez en cuando parece que vaya á caer y oprime vuestro costado. Y abrumado por aquella delicia, casi quisiérais apresurar sus instantes, y llegar pronto á la iglesia, pues os parece haber robado al mundo un tesoro demasiado rico, y que áun os lo pueden quitar.

Y vuestros dos rostros, de cuando en cuando,

se vuelven y los ojos se encuentran, y se bajan los párpados, y todo se oscurece en torno, y en aquel rápido encuentro no véis más que aquella pupila húmeda que resplandece, os mira, y se entorna; y se mueven los labios, se habla, ¿de qué? de nada, de todo.—Mira.—Dí.—César.—Oye.—Luisa.—¡Dios! —Palabras que brotan de la íntima y secreta armonía del alma.

Hé ahí la puerta de la iglesia.

—Muchachos, ¿á dónde vais? Grita la madre. Están embobados; ni saben ellos dónde están.

Salen.

Aquí el ánimo se apacigua y la idea de nuestra felicidad, á la cual primero no bastaba la mente, se esparce en mil imágenes risueñas, que se suceden unas á otras, rápidas y distintas, llevando al corazón de delicia en delicia hasta el sentimiento completo y claro de aquella felicidad, por la cual estábais ántes oprimidos y abrumados. Primeramente, el rostro de ella, dormida á vuestro lado, cuando contemplándo'la en el silencio de la noche, le direis con los ojos mil ternezas, y os parecerá que ella, durmiendo, os entien-de y os responde con aquella risa fugitiva que asoma á los labios cerrados; y después, el primer saludo de la mañana, alegre, suave, infantil, mezclado á veces con un súbito retorno á la timidez virginal, no completamente vencida todavía por la costumbre de la vida comun. Y los muchos dias en que al volver á casa os parecerá siempre extraño que ella deba estar

allí aguardándoos y temeréis casi no encontrarla, y apretareis el paso, y el primer eco de su voz festiva, y el rumor de aquel paso rápido y ligero, que vendrá á vuestro encuentro, penetrarán en las profundidades de vuestra alma, como después de larga ausencia.

Y aquellas frescas y luminosas mañanitas de primavera, en las que con el despertar de la naturaleza se despertará también en vuestras almas el ardiente amor de los primeros días, y un impulso irresistible os arrojará el uno hácia el otro, y al miraros y al sonreiros, volvereis á sentir la inefable dulzura de las primeras miradas y las primeras sonrisas; y aquellas horas tristes, cuando contemplareis desde la ventana la campiña cubierta de nieve, ó la lluvia pausada y monótona, y en aquel silencio y en aquella soledad, se hará más viva y profunda la ternura de vuestros pensamientos melancólicos, y á cada relámpago y á cada trueno os estrechareis en un abrazo más fuerte, y hablareis en voz más baja y más tierna; y las largas veladas del invierno, que pasareis los dos solos, tranquilos, serenos, ora discurriendo sobre vuestros quehaceres domésticos, ora charlando y riendo con ingenuo abandono, ora evocando los dulces recuerdos del tiempo en que no os hablábais todavía:—¿Qué es lo que dijiste en tu interior aquella vez? ¿Qué pensaste de mí aquel día?

Y aquellas noches felices en las que estando solos comprendereis no estar solos ya, y os parecerá que alguien os oye y os mira, y experimentareis hácia vues-

tra compañera un afecto más delicado y solícito, y á ciertos movimientos suyos de sorpresa, á ciertas turbaciones súbitas detendreis la respiración é interrogareis su mirada, y al serenarse su rostro, palpitaréis de júbilo y le abrireis los brazos.

Y aquellas noches en que al despertaros sentireis alentar y moverse junto á vuestra cabeza una criaturita inquieta, y su manecita, que busca vuestro rostro, y una vocecita quejumbrosa llamaros padre, y dos tiernos bracitos ceñiros el cuello; y aquellas numerosas veces en que vuestra gratitud hácia aquella dulce compañera que está siempre á vuestro lado, que vive por vosotros, que no tiene otro bien más que á vosotros, que es feliz por vuestras alegrías y tiembla por vuestras penas, y os consuela y os inspira resignación, y os infunde valor, y os hace amar el trabajo, la casa, la paz, la virtud, y sufriendo y llorando cumple con amoroso entusiasmo su santo ministerio de madre, y enseña á vuestros hijos á quereros, y os prepara vejez sosegada y serena, después de haber embellecido vuestra juventud con todo el fuego de su noble alma, vírgen, apasionada y creyente! Aquellas numerosas veces, repito, que vuestra gratitud para con aquella dulce compañera, provocada casualmente por un recuerdo, por una palabra, por un ademán, estallará de improviso en trasporte de indefinible ternura, y la colmareis de caricias, de gracias, de bendiciones, llamándola con los nombres más tiernos y suaves, pidiéndole perdón por todas las

amarguras que habrá sufrido por vuestra culpa, y conmovida como la vereis, y radiante, os parecerá más hermosa que el día que la llevásteis al altar... ¡Riqueza, gloria, poderío, con qué desdeñosa superioridad os mira el Amor!...

*
* *

El coronel salió al encuentro de los novios hasta la carretera, y los recibió con mucho regocijo, y los acompañó hasta debajo del emparrado. Luisa lloraba. César parecía fuera de sí; y todos los demás de la comparsa, alegres, conmovidos, haciendo un tumulto atronador, giraban sin descanso alrededor de uno y otro, sin ser vistos, oídos, ni comprendidos.

Estuvieron algun tiempo todos juntos bajo el emparrado, aquel tiempo en que, recobrado el ánimo del primer ímpetu de la alegría, meditan los esposos, y la multitud de sus primeras imágenes se vá desvaneciendo poco á poco hasta que no queda más que una sola que, sin fijarse nunca en la mente, gira á su alrededor, asalta, desaparece, vuelve de improviso y promueve en el corazón súbitas palpitaciones y estremecimientos misteriosos. En medio del general regocijo, sólo aquellas dos frentes parecen de vez en

Cuando pensativas, y aquellos ojos se buscan y se acechan con una especie de curiosidad infantil, y el uno observa todos los ademanes, todos los movimientos del otro, y las almas se interrogan y se entienden sin hablar, y las palabras tienen para ellos diverso sentido del que es propio, y las sonrisas dicen otra cosa.

Son aquellas horas deliciosas, tantas veces imaginadas, tantas veces soñadas, que nos hacian preguntarnos á nosotros mismos. ¿qué le diré en aquellos momentos? ¿Cómo me mirará? Las horas en que á medida que el tiempo transcurre, sentimos como si nos alejáramos del mundo, y vemos oscurecerse todo lo que nos circunda, y en torno nuestro aparecer una viva claridad; aquellos momentos en los que si alguno de los presentes dice *mañana*, nuestro corazón se estremece, y el alma repite en su interior *mañana*, y parece que todo debe estar mañana cambiado en el mundo, y se levanta más viva en el pensamiento aquella imagen secreta.

Poco ántes de la hora fijada para la reunion de los amigos, el coronel llamó á los nuevos esposos y al hermanito de Luisa, los condujo á un cuarto del piso bajo, y se entretuvo buen rato con ellos, quizás hablándoles de intereses, ó para fijar las nuevas atribuciones de César, cuya situación quería cambiar hacía tiempo.

—Quizás todas estas observaciones—concluyó diciendo,—no había necesidad de hacerlas; no vivireis

junto á mí y bajo mi inspeccion? Basta, pues. Acudid á mí en vuestras necesidades, como lo haríais con un antiguo amigo. Quiero que tengais confianza en mí, porque os estimo y porque la merezco. Comprendedlo: yo no tengo parientes, no tengo ya amigos: estoy aquí separado del mundo; no tengo otros á quienes querer, y viviré por vosotros. ¿Qué otra cosa puedo hacer á esta edad? Pues bien, sepa yo que sois felices, reciba todas las mañanas vuestros buenos dias, y al retirarme vuestras buenas noches; vea á César trabajar con ánimo, y á tí, Luisa, hacer tu vida casera tranquila y contenta: ¿qué más puedo desear? Con tal que me dejéis decir cuatro chanzas de vez en cuando...

—Señor, exclamaron á la vez marido y mujer, mirándolo con ternura casi compasiva.

—Digo la verdad; y tú Luisa, estarás contenta, te lo aseguro, porque conozco á César ántes que tú, desde chiquitin, y te verás compensada de todo lo que sufriste, pobre criatura. ¡Oh! Es muy justo. Aquí olvidarás los malos ratos que has pasado; haremos lo posible para hacértelos olvidar. Habias quedado sola en el mundo: pues mira, aquí tienes buena compañía, tienes marido, tienes madre, y... si quieres, hasta tendrás papá. ¿Te contentas?

Luisa quiso hablar, pero no pudo.

—Y tambien nosotros seremos amigos, ¿no es verdad, caballero?—Y diciendo esto, tomó de la mano al hermano de Luisa y se lo acercó. ¡Seguro! y ha-

remos juntos nuestras caminatas por el campo, y leeremos y escribiremos, y haremos otras muchas cosas, y viviremos alegres, ya verás, y cuando mis piernas digan que no quieren hacer ya su oficio, pediré ayuda á tu brazo, que lo que es á dar una vueltecita todos los dias por estos collados, á eso no renuncio. Y estarás mejor aquí que trabajando en la ciudad, sin familia ni proteccion, te lo prometo. ¡Pobre muchacho! Estabas abandonado, pero hay una Providencia para todos... ¿Qué tienes? ¿Qué quieres decir?... ¡Ah! comprendo: sí, ven aquí, pobre muchacho, abraza á este viejo que vá á sér tu padre. Vamos, basta ya, tranquilízate.

Y el chico sollozaba, que parecía que iba á ahogarse.

—¿Y tú, Luisa, qué tienes? ¿Por qué me miras de ese modo?

—Señor coronel, contestó Luisa, con la voz temblorosa y haciendo un esfuerzo, ¿qué quiere que yo le diga? No encuentro palabras, no sé... paréceme soñar... paréceme que esto no puede ser verdad... Yo era una pobre muchacha sin padre ni madre, abandonada de todos; trabajaba para vivir y no tenía ni ropa para mudarme. Padezca frio, y muchas veces hambre... y vivía así sin esperanza, y pasaba tales dias y tales noches, que casi me desesperaba... Y despues, todo cambia: lo encuentro á él, á César, que me quiere y me protege; vá á la guerra, sale salvo, se acuerda de mí; vuelve, dice que se quiere casar conmigo, hace

venir á sus parientes, me trae aquí, y todos me obsequian, y encuentro un señor, como usted, que se interesa por mi hermano, y habla de esa manera, y me hace ver un porvenir tan bueno... Y despues, todo lo que veo y todo lo que oigo decir de tres dias á esta parte... ¿Qué quiere V. que piense yo? yo no lo sé... Yo no puedo casi creerlo... Es demasiada felicidad toda de una vez... Yo no he hecho nada para merecer todo esto... Yo era una pobre muchacha... ¿Qué quiere... que yo le diga?...

Y echó á llorar.

—Quiero que me digas que eres mi ahijada, y nada más: eso.

—¡Oh! Es demasiado—exclamó Luisa con acento de ternura inexplicable, y se arrojó á besar la mano del coronel.

—Quita, quita: ¿qué haces loquilla? Aparta, mira que viene gente.

Luisa y César se volvieron, y vieron cuatro cazadores que cruzaban el pequeño prado. Eran los primeros invitados.

—Ya están aquí exclamó vivamente el coronel, levantándose para salir á su encuentro. ¡Ah! siento que me quitan veinte años de encima.

Luisa permaneció en el aposento para tranquilizarse un poco, y César salió con el coronel. Los parientes y amigos, que estaban bajo el emparrado, corrieron tambien al encuentro de los soldados.

—Bien venidos, camaradas, exclamó César estre-

chando la mano á los cuatro. Aquí está el señor coronel que os ha convidado. Los cazadores lo saludaron militarmente, poniendo el rostro grave y manteniendo la mano á la altura de la frente. Él los miró con atencion, uno tras otro, procurando recordar el gesto autoritario de aquellos tiempos en que quería imponerse á los soldados indisciplinados. Despues sonrió y les tendió las dos manos, diciendo afablemente:—Venid acá, muchachos.—Entonces rieron ellos tambien; le estrecharon la mano y comenzaron á hablarle con tanta franqueza, que parecian íntimos y antiguos amigos. En un momento lo abrumaron á preguntas todos á la vez.

—Señor coronel, no sabemos cómo dar las gracias á su merced.

—Su merced ha sido demasiado bueno con nosotros, señor coronel.

—Perdone, señor coronel, ¿hace mucho tiempo que ha dejado el servicio?

—¡Oh, qué hermosa quinta!

—Mira, aquí hay banderas.

—Y farolillos de color.

—Y guirnaldas.

—Y música.

Habian entrado en el prado siete ú ocho músicos con flautas y violines.

—¿Es esta la quinta? preguntó en aquel momento una voz desde la carretera. En seguida se presentó á la puerta otro grupo de diez ó doce soldados. Toda

UNIVERSIDAD DE NUEVO
BIBLIOTECA LIBRO 100
"ALFONSO"
Apto. 1925 MONTERREY, MEXICO

la comitiva salió al encuentro. Había entre ellos cazadores, soldados de línea, uno de caballería, dos artilleros: todas las armas estaban representadas. Unos llevaban képis, otros gorra de cuartel, algunos levita de uniforme, otros capote; aquellos, pantalones de soldado, estos, calzones de labriego; cada cual se había puesto encima lo poco que le quedaba del tiempo del servicio, todo ello ropa vieja, descolorida y rota, que revelaba la campaña del año 1859, á tiro de ballesta. Algunos tenían la medalla de Crimea. Todos eran muchachotes robustos, tostados por el sol, con rostro franco y alegre; detrás venía gran tropel de curiosos, que se detuvieron ante la puerta.

—Adelante, gritaron á una el coronel, César y los campesinos.

Los soldados entraron y fueron recibidos con toda clase de demostraciones festivas, y rodeados por todos con gran bullicio. El coronel se volvía de un lado y otro, alargando la mano á este y aquel; César iba de zeca en meca, llamándole y tirándole de los brazos por todas partes; las campesinas que se contaban en el número de los convidados, giraban en torno, todas ellas reunidas en apretado grupo, mirando á los soldados, riendo, hablándose al oído, haciendo toda clase de amables coqueterías. Y había quien palmoteaba en señal de regocijo, y quien contemplaba maravillado aquel aparato festivo, y quien entre los labriegos reconocía y abrazaba á amigos y allegados, y todos hablaban y reían á la vez, produciendo un alboroto infernal.

En medio de aquella confusion, César desapareció.

Todos los demás continuaron charlando y acercándose á la puerta de la quinta. Aquel viejo, cano y encorvado, en medio de aquel grupo de jóvenes soldados, producía muy buen efecto; parecía el padre de todos, y estaba tan animoso y alegre como el más vivo y más valiente de ellos. Una palabra á uno, una frase á otro, un gesto por aquí, una sonrisa por allá, tenía los á todos encantados, y todos le miraban, le escuchaban y le hablaban desde aquel primer momento con expresion de respeto, de ternura casi filial.

—¡Bravo, muchachos! decía de vez en cuando, mirándolos á todos. Bravo, habeis hecho muy bien en venir; y ellos reían y se miraban como diciendo: —¡Qué buen corazon, qué anciano tan amable!

De pronto callaron todos.

—Aquí están los novios, dijo el coronel. Luisa y César habian aparecido al umbral de la puerta. César llevaba uniforme de cazador, y los galones de cabo.

El grupo de los soldados se dividió en dos alas, los novios pasaron por medio, á un lado y otro se descubrieron las cabezas, y resonó prolongado murmullo.

—¡Linda cara!

—¡Hermosa figura!

—Parece una señora.

—¡Bravo, César!

—Tiene aspecto de buena chica.

—No tiene mal gusto el amigo.

—¡Qué ojos tan hermosos!..

Todas estas frases llegaron al oído de los novios. César se pavoneaba y se volvía para mirar á Luisa en los ojos. Luisa sonreía y se cubría el rostro con el abanico.

Hicieron corro en medio del prado, y de dos en dos, de tres en tres, todos los soldados fueron á hablar con la novia, haciendo gran esfuerzo para suavizar un poco aquellos tremendos vozarrones, acostumbrados á hacer oír el "centinela alerta" á una milla de distancia. Y Luisa acogió á todos con su sonrisa y sus ademanes apacibles; sin soltar nunca el brazo de su marido, y girando la mirada en torno del rostro de los que le hablaban, sin fijarla nunca en los ojos. César estaba observándola mientras recibía los cumplimientos de sus camaradas, con una curiosidad, con un placer, como si la viese entonces por vez primera.

—¡A la mesa, amigos! exclamó el coronel.

Todos se dirigieron hácia el emparrado, hablando confusamente. La mesa estaba dispuesta bajo el emparrado. Componíanla diez ó doce tablas unidas, de modo que formaban una sola, capaz para treinta personas, pues llegaban á este número los comensales, entre paisanos y soldados. Sentáronse los novios uno al lado del otro, el coronel enfrente de ellos, en medio de los dos artilleros. Todos los demás soldados alternaron con los campesinos. Acá y allá, entre los anchos hombros de dos cazadores, aparecía la cabecita de una serrana, toda encogida, contenta en su in-

teñor, pero tan turbada en el rostro, que no sabía á dónde mirar ni á qué parte volverse. La conversacion fué desde el principio animadísima, acompañada de rápida faena de manos y dientes, pues todos, excepto dos, tenían un apetito devorador. Cinco ó seis muchachos servían la mesa, y tenían mucho trabajo en hacerse oír de los comensales para que les diesen los platos; tan absortos y acalorados estaban en la conversacion. Los soldados se llamaban y se hablaban de un extremo de la mesa al otro, gesticulando y accionando con los tenedores y cuchillos. El coronel, apostrofaó é interrogado de todas partes, no tenía tiempo de contestar á nadie.

Un soldado, que estaba á su lado, le hablaba con mucha serenidad de ciertos inconvenientes del servicio: otro, desde el extremo opuesto de la mesa, le hacía una larga relacion, de la cual no comprendía una palabra. Tres ó cuatro soldados, cada uno en su sitio, se habian hecho un auditorio especial y contaban los episodios de la guerra á los atónitos labriegos ó promovían de vez en cuando ruidosas carcajadas, con burlescas anécdotas de cuartel. Otros se entretenían recordando entre ellos los días que pasaron juntos en el regimiento, y los camaradas y los oficiales, con aquella benévola indulgencia de juicio propia de semejantes ocasiones, en las que hasta los superiores á quienes odiaban se convierten en bravos jefes, y los compañeros más indiferentes en buenos amigos.

Luisa tenía á su lado un soldado que se esforzaba

en hacerse el galante, y no ocurriéndole otra cosa que decirle, le endilgaba los más extremados elogios de César, su amigo de muchos años:—Un muchacho de oro, un jóven como hay pocos, que tiene instruccion, y que si hubiese nacido en otra clase, hubiese llegado á ser algo. Y ella estaba oyéndolo muy atenta, como quien escucha una música deliciosa y suave murmurando de vez en cuando:—si, es verdad; ¡oh, sí es verdad, lo sé,—y miraba á los comensales y al encontrar la mirada de uno, dejaba ver una ligera sonrisa, y miraba á otro, y preguntaba á su vecino los nombres, y se hacía explicar la diferencia de los uniformes. Y César era el más alegre y más contento de toda la comparsa: llamaba por su nombre á los que estaban lejos, daba palmadas en el hombro á los que estaban cerca, servía vino á un lado y otro, metía la cucharada en las conversaciones de todos, volviéndose á cada momento para decir en voz baja:—Luisa— á lo cual respondía un—César— siempre más pronto y más suave. A cada instante el movimiento de las botellas se iba haciendo más rápido; las muchachas comenzaban á soltar la lengua; todas las voces se confundían, todos los ojos relampagueaban las manos se agitaban en el aire, y el coronel, arrastrado por la general alegría, se excedió hasta abrazar á sus dos vecinos, ahogándolos casi, y exclamando:—¡Ah, bravos muchachos! vosotros me haríais volver al regimiento, tan viejo como soy.

—Este es el rey de los panes, gritó un cazador le-

vantando en alto un pan de municion, que había quedado intacto en la mesa. Todos se volvieron á mirarlo. A quien no le guste el pan de municion, decía un sargento, hacérselo tragar á la fuerza, y decía:

—Yo siempre lo he comido hasta la última migaja, ¿y tú?

—Yo tambien.

—¿Y tú?

—Tambien yo.

—¿Y tú, César?

—El corazon de Luisa palpitó violentamente. César le cojió la mano que tenía bajo de la mesa, y contestó en seguida:

—Tambien yo.

—Dime, César, preguntaba otro poco despues. ¿Dónde te hicieron esa herida de la mano?—Era la herida del desafio. Los ojos de Luisa resplandecieron.

—Ya te lo diré despues, respondió César: es una historia muy larga.

De allí á un momento:

—Enséñanos esa petaca, le decía un tercero, cogiéndole la petaca que le asomaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Es muy bonita, ¿quién te la ha dado?

—Una novia mía, contestaba César.

—¿Ah, sí? murmuraba Luisa á su oido, ajustaremos cuentas,— y reía. Era la primera broma de aquel género que gastaba á su marido. Él experimentó una sorpresa y un placer indefinibles.